

Del Apolúneo coro, ardiente inflama
Su voz; y arrebatado en raudos vuelos,
Anuncia fausta gloria al ancho suelo.

»Anuncia de la paz el glorioso
Blason, que en tí flamante resplandece
Con puro lampo y lustre generoso
Que pia heroicidad al mundo ofrece.
Harto ya de Mavorte el espantoso
Honor, que á precio de impiedades crece,
Solemnizado fué; los humos sacros
No honren ya más medrosos simulacros.

»Mas ornada la frente de jazmines,
De ardiente rosa y lirios virginales,
Sube, venciendo los mortales fines,
Oh jóven, á las cumbres inmortales;
Y de cándida luz y de carmines
Luminosos allí cercos iguales
Orlen tu vulto en el eterno templo,
De sublime piedad único ejemplo.

»Héroe de paz, tú solo en las memorias
Del esquivo poder serás oído
Con tierno amor, y sólo de tus glorias
Será siempre el apoyo apeteído.
Por tí el ronco rumor de las victorias
No heróico sonará, no engrandecido;
Y el mundo, asido á mis fecundos ramos,
Héroe de paz (dirá) necesitamos.

»Héroes, que al hombre aprovechando, obliguen
Su vida á más placer, y á más tributo
La inagotable tierra, y la fatiguen
Sólo á que brote en duplicado fruto.
Héroes, no de dolor, mas que mitiguen
En culto suelo, y de su sangre enjuto,
El áspero destino de la vida,
Que, aun sin guerras, alienta dolorida.

»Emulad la piedad, héroes futuros,
Al memorable, al inclito mancebo,
Que, nuevo Jano, en sus consejos puros
Construye al heroísmo templo nuevo.
No desolados y tiznados muros,
Huesos desnudos, y á las fieras cebo
Mutilados cadáveres, horrible
Darán basa á su imagen apacible.

»Antes, alfombra de sus pies, luciente
Rebosará y madura, la abundancia,
Ya en la sazón de Ceres floreciente,
Ya de Flora en la espléndida fragancia.
Y, oh tú, de Iberia afortunada gente,
Pródiga de virtud y de constancia,
Entra animosa en el feliz camino
Que anuncia á tu poder alto destino.

»Ah! vive para tí; y allá espumante
Con sangre humana al mar se precipite
Purpúreo el Rhin, ó avaro y anhelante
Nuevos estragos Albion medite.
Tú en torno al carro de la paz triunfante
Deja que mi vigor te felicite,
Y traerás, sin estrago, á tus prisiones
Sujetas las beligeras naciones.

»Tú crecerás en mi abundosa calma;
Y ellas menguantes en su furia impta,
De su atroz ambición la ansiada palma
Vendrá, por su flaqueza, á hacerse mia;
Y entonces yo, de los imperios alma,
A tí atrayendo cuanto el orbe cria,
Te haré desde el Arturo hasta la Aurora
Arbitra de las gentes y señora.»

Dijo la amable virgen, y empapando
De ámbares deliciosos la aura leve,
Vuela, y, nuevos deleites anunciando,
Segundas flores sobre España llueve.
Mas luego ufana, con impulso blando
A la régia mansión las alas mueve,
Y del ramo gentil que Pálas tiene
Al inmortal Godoy la frente ciñe.

DISCURSOS FILOSÓFICOS

SOBRE EL HOMBRE (I).

*Disciteque, o miseri, et causas cognoscite rerum,
Quid sumus, aut quidnam victuri gignimur, ordo
Quis datus.* (PERS., SATYR. III, v. 66.)

DEDICATORIA AL VARON VIRTUOSO.

Virtud, alma virtud, tus dones canto:
Espíritu divino
A tí convierte mi inspirado acento.
Desde el celeste asiento
A mí tu voz desciende en eco santo,
Cuando al ciego mortal de tu destino
Muestro el grato camino.
Huya el profano de tu templo sacro
Mientras copio tu angusto simulacro.

Y de azucenas cándidas ceñida
La pacífica frente,
Sólo me asista á tanto ministerio
El varon que á tu imperio
Sujeta alegre su apacible vida
Con dócil cuello y ánimo obediente.
Allí yo reverente
Los dones de tu númen soberanos
Pondré, y tu imagen, en sus justas manos.

Que él solo tus misterios intefables
Penetra, y de tus bienes
Él solo gusta los placeres puros.
Los términos seguros
Que pusiste á la vida, y las amables
Riendas que al hombre indómito previenes,
Con que en tí le contienen,
El ama solo; y en su oído sólo
Tu voz ahuyenta al fabuloso Apolo.

No corrompido por profana lira,
Huye de su torpeza,
Y se acoge á tus aras sonrojado.
De tu celo inflamado,
No escucha la ambición, la horrenda ira,
Con que envilece su inmortal grandeza
La racional nobleza.
Entonces oye el sonoro influjo,
Cuando el cielo sus números produjo.

A tí, pues, van los míos, virtuoso
Varon, que afable un día
Quiso dictarme tu adorable númen.
A tí, en quien no consumen
Los vicios el vigor majestuoso
De la luz inmortal que al bien nos guía.
A tí, en quien la porfía
De las tercas pasiones se quebranta,
Cayendo mustias á besar tu planta.

Por esto tú de la verdad divina
El resplandor entero
Miras y gozas en gloriosa suerte;
A tí solo convierte
La alta Deidad su lumbre peregrina,
Descubriendo á tus ojos su hemisfero,
En donde, no severo,
Mas risueño, su angélico semblante,
Su ley enseña en tabla de diamante.
Y trasladada á tí su copia bella,
Lo humano desconoces,
Y la Divinidad llena tu pecho.
La tierra ámbito estrecho

(1) Podríamos en rigor dispensarnos de reproducir aquí esta obra de FORNER, que la posteridad ha olvidado, y que está fuera del objeto principal de nuestra Colección. La publicamos, sin embargo, no sólo como homenaje al esclarecido escritor, sino también como muestra del espíritu de análisis filosófico que llegó á ser moda imperiosa en la segunda mitad del último siglo. Sentimos que su mucha extensión no nos consienta publicar las *Ilustraciones* que FORNER imprimió á continuación de sus *Discursos filosóficos*. Las *Ilustraciones* valen más que el poema, escrito en la primera juventud, y dan idea clara del principal talento de FORNER, esto es, el de razonador incisivo y profundo.

Es á la senda que tu paso huella,
Es á la majestad que en tí conoces.
Las celestiales voces
Dictan tus obras con saber profundo,
Para que aprenda en tu justicia el mundo.
Constante en tu propósito, no el duro
Tormento del tirano
Te asusta, si desórdenes te ordena.

Al filo ó la cadena,
Antes que á la maldad abono impuro,
Darás gozoso la garganta ó mano.
El interes humano
Jamás impera en la virtud sencilla,
Aun cuando yugo bárbaro la humilla.
Y no porque rebelde á la diadema
Justa, y á las coronas,
Las culpe de sangrienta tiranía.
Vana filosofía,

Esto es propio de tí cuando se extrema
Tu soberbia en sofismas que eslabonas.
El poder que destronas
Sustenta la virtud obedeciendo,
Tu soñar con sus obras destruyendo.

Por él domada la mortal fiera,
Á horribles impiedades
Niega su furia y turbulencia insana,
La codicia inhumana
Sus manos encogió, y de su torpeza
Corrida, en sí sofoca sus maldades.
Poblados, soledades
Prestan sagrado á la virtud propicio,
Y anda asustado y macilento el vicio.

Por él en holocaustos sacrosantos
Su voluntad ofrecen
Al Todopoderoso sus criaturas,
Agradecidas, puras.
Por él logran alivio los quebrantos,
Y su ser los mortales ennoblecen.
Los dones fortalecen
De la justicia hasta en la misma guerra,
Y no da asilo á la maldad la tierra.

En ella, varón justo, ciudadano
De tu patria y del mundo,
A aquella y éste tu virtud dedicas.
Ya las regiones ricas
De la fragante Arabia, ó el cereano
Yerto Trion visitas vagabundo;
Espléndido ó inumundo,
Cafre rudo ó britano mercaderante,
Siempre en el hombre ves tu semejante.

Y siempre en tí su auxilio el desconsuelo
Halla del infelice
Que debió á su nacer menos ventura.
Tus dones, tu ternura
¡Cuántas veces logró! ¡Cuántas al cielo
Sus votos dirigió porque eternice
Tu nombre, que bendice,
Cuando oprimido de fortuna impta,
El yugo le aliviaste en que gemia!

Númen celeste, asísteme; te imploro,
Y sea tu elocuencia
De tan gloriosa acción digno instrumento.
¡Ay! que entregarla siento
A eterno olvido, con fatal desdoro
De la virtud, si falta tu influencia;
Que en su beneficencia
Puro el justo varon, para ostentarle
No hace el bien, y trabaja en ocultarle.

Yo le vi, sí, le vi tierno mil veces
Enjugar condolido
Lágrimas congojosas en silencio.
Absorto reverencio
Tu grandeza, oh piedad que le enterneces,
De verle yo también enternecido.
Exclamo embebecido;
Convoque el pueblo á la admirable escena;
Y huya á la admiración que me enajena.

Porque nada á su pecho satisface
La opinion, é igualmente
La alabanza desprecia y vituperio.
Tal vez injusto imperio
La malicia sagaz, que contrahaca

La virtud, logra, y gime el inocente
Cual torpe delincuente.
Quien al vago rumor su gloria fia,
Bástale, sin virtud, la hipocresía.
Bástale astuto cautelar sus vicios,
Y aparentando celo
Del comun interes, tratar del suyo.
Este no es arte tuyo,
Virtuoso varon. Los beneficios
Dádivas son en tí. Dones del cielo
El público desvelo,
O el privado candor que en tí se admira,
No es en tus obras la virtud mentira.

Así tu propio ser reverenciando,
La verdad y justicia
Con amistad eterna te acompañan.
Del suelo las extrañan
La envidia vil y el interes nefando,
Ciega lisonja á la mortal malicia.
Del cielo tu propicia
Voz descender las hace, á las dos grata;
Por tí aun asisten en la tierra ingrata.

En tí logran su templo; su almo culto
La verdad en tu labio,
Y su ara la justicia en tu entereza.
Detestas la vileza
De la venal lisonja, y nunca el bullo
De ídolo indigno inciensas en agraxio
De tu consejo sabio.
Sale tu mente á tu sencilla boca,
Si inexcusable caso la provoca.
¡Qué vale el oro ni el inquieto mando
Para que por su precio
La integridad el hombre desestime?

Aduló; subió; gime
Tímido; le acomete espeso bando
De sobresaltos, ¡ay! verdugo recio
Que él mismo buscó necio.
El vicio le allanó la infiel subida,
Y sin dicha y con él sufre la vida.
¡Ah! que sabrosa paz é inextinguible
La sola virtud cria,
Sea en despreciado albergue ó alto trono,
El porfiado encono
Ignora del pesar, y en apacible
Reposo, ni le turba suerte impta,
Ni su paso desvia
Si desgajado el orbe le oprimiera;
Inmóvil le esperara, y pereciera.

Que es la constancia en su vivir cimicento
Que á la virtud sustenta,
Y no injuria el poder de la fortuna.
No el oro le importuna;
No la avara esperanza el sentimiento
Turba de su candor, que insana ahuyenta
La ambición fraudulenta.
Oro, favor, amigos, esperanzas
¡Qué son, sino halagüeñas asechanzas?
Suaves asechanzas, que á lo justo
Pone el hambre execrable
Del dominio voraz que nos instiga.
Fraudulencia enemiga
Es ya la amistad santa, y en su angusto
Nombre un tráfico reina abominable.

Mérito miserable,
Dilo tú; dilo tú, Thémis llorosa....
Mas ¡ah! que ni aun quejarse su voz osa.
Sólo á tí vuelven su esperanza amarga,
A tí, varon glorioso,
Ante quien huye el interes astuto,
No dádiva, tributo
Es en tí la justicia; ni aletarga
Su vigor el gemido doloroso,
Sagaz ó temeroso,
Del reo que execró naturaleza;
Sentenciarás su pena y tu tristeza.

¡Oh cruenta maldad! ¡Oh desenfreno
Del mando prepotente,
Del feroz dominar de las pasiones!
Pavorosas mansiones,
Cárceles negras en su horrible seno
Animos aprisionan, cuya mento

Copia al Omnipotente.
¡Gran Dios! el torpe error que los abisma
Hace cruel á la clemencia misma.
Dulce, incorrupto amigo, tú, que subes
Con suelto pensamiento
A la eterna region que al cielo honora,
Donde humillado adora
El universo, entre doradas nubes,
Al Dios que hace temblar su firmamento;
Pues su estrellado asiento
Abierto está á tu mente, y sobrehumanos
Á tí se hacen patentes sus arcanos;
Declara á la locuaz filosofía
Las altas voluntades
Del dueño de los hombres y los mundos,
Los decretos profundos
Del eterno saber, y cómo envía,
Cercada de virtudes y verdades,
No grey vil de deidades,
Mas pura religion al hombre impuro,
Norte y camino á su vivir seguro.
Ella precede á la razon incierta
Con antorcha brillante,
Sus pasos aclarando y dirigiendo.
Ella el ímpetu horrendo
Quiebra de la malicia, y desconcierta
La furia á los deseos, delirante,
Rebelde y repugnante,
¡A su Autor cuando el hombre conociera,
Si á su turbado juicio se atuviera?
En su regazo la virtud reclina
El rostro, y el cuidado
La fia de esparcir sus justas leyes.
El poder de los reyes
Súbdito aquí se torna; aquí declina
Á adorar el mortal que es adorado:
Atónito, asustado,
Armada ve del rayo diestra eterna,
Y cae desfavorido y se prosterna.
De aquí, cándido amigo, la justicia
Á tu seno desciende,
Con la prudencia y la constancia unida;
No á que emule tu vida
La del héroe pomposo, que desquicia
La humanidad que sojuzgar pretende,
Mas antes á que enmiende,
Justa ó piadosa, en obras inmortales,
Del heroísmo atroz los tristes males.
Mas antes á que próspera detenga
Los bienes fugitivos
Que la humana locura de sí arroja,
El ceño desenoja
Á la airada virtud, y por tí tenga
Á su mando los ánimos cautivos.
No lánguidos, activos
Sacrificios la imploren en su templo;
Y en tí la religion dicte el ejemplo.

DISCURSO PRIMERO.

Ciencia del hombre.

¿Qué es el hombre (1), Damon? Naturaleza
Cierra el camino á la razon, oscura
Siempre que en busca va de su grandeza.
Tiene el hombre en sí mismo la ventura
Que hasta los cielos mismos le levanta,
Excelso sobre toda criatura;
Y ni á sí se comprende, ni quebranta
La ley que un tardo cuerpo le prescribe;
Peso forzoso que en su sér agnanta.
Aquella union del alma, por quien vive,
Con la materia vil, que en sí la encierra,
¿Quién, puesto que la advierta, la concibe?
Produce fértil la espaciosa tierra
Sujetos mil, que la razon alcanza
Cuando las sombras del error destierra;
Ya si en sabrosos frutos afianza

(1) Ningun estudio más dificultoso que el del hombre. (Esta nota y las siguientes son de FORNER.)

Á la vida, en la fértil primavera,
Del aterido invierno la esperanza;
Ya si allá en sus entrañas, no grosera,
Mas artífice diestra, labra y cuece
Del oro activo la abundancia fiera;
Ya si con la república que ofrece
Sobre la hermosa faz de ocultas flores
El humano deleite favorece;
Y fácil respondiendo á los sudores
Del desvelo científico, no veda
Que entienda y goce el hombre sus favores.
Penetra la experiencia y desenreda
El ciego laberinto de las cosas
Que lleva el tiempo en la veloce rueda;
¿Y á las que son eternas, tenebrosas
Sombras han de cercar, que nos impidan
La luz de mil vigilias laboriosas?
¿Los materiales entes que se amidan
En la mansion del mundo, y que oficiosos
Los simples elementos consolidan,
Nos harán con su ciencia venturosos,
En tanto que se ignora el que comprende
Inútiles arcanos, si gloriosos?
El ánimo inmortal, aquel (2) que hiende
De todo lo criado el artificio,
Entendiéndolo todo, no se entiende;
Porque ni de su sér el beneficio
Cultiva (3) cuanto debe, ni señala
Las leyes con que mueve su edificio.
El á la eternidad su esencia iguala,
Y obra como mortal en sus acciones,
Confundiendo la buena con la mala.
Tras esto, docto en enlazar razones,
Distingue las criaturas, y resuelve
De su sér por sus varias distinciones:
Y en tanto (4), ciego en sí, no desenvuelve
Las leyes de su esencia, que en acerba
Y tenebrosa sombra él mismo envuelve.
¿Posible es que ha de ser tanto proterva
Nuestra misera suerte, que ignoremos
La del mismo vigor que nos conserva?
No (5): dentro de nosotros conocemos
Que podemos obrar, y juntamente
Porque así ó de otro modo obrar podemos.
Se condena á sí mismo el delincuente
Recorriendo el proceso de su vida;
Mas con ella se goza el inocente.
Siente, concibe, piensa, con debida
Proporcion cuenta el hombre sus potencias,
Y un móvil reconoce de su vida.
Distingue en sus acciones diferencias,
Que deriva de orígenes contrarios,
De su obrar deduciendo sus esencias.
Compone, inventa, inquiere, y de tan varios
Ejercicios su mente el fin percibe,
Sin salir de sus medios ordinarios.
El árbol crece, fructifica, vive;
Mas ni sabe que vive y fructifica,
Ni gobierna sus obras ó apercibe.
Pesadumbre ó placer el bruto indica
Si es objeto doliente ó deleitable
El que el sentido á su interior aplica;
Pero nunca se juzga miserable,
Ni dichoso se juzga, y ciego sigue
En su modo de obrar uno y durable.
Sólo el hombre, Damon, sólo consigue
Obrando comprender la accion que intenta,
Sin que á un constante obrar se ate ó obligue.
¿Cuál será nuestro mal? (6). ¿Quién nos ausenta
Tanto de nuestro sér, que nos extraña
De aquello que en nosotros se aposenta?
¿Quién nos lleva al error? ¿Quién nos engaña?
¿El hombre á sí se ignora, y entre tanto
Sabe el fin que á sus obras acompaña?

(2) El ánimo entiende mejor las cosas exteriores que su naturaleza misma.

(3) Primera causa de esto: el poco cuidado en cultivarse.

(4) Segunda, la oscuridad de las leyes ó modos con que obra.

(5) Con todo eso, no le falta el conocimiento de lo que necesita para obrar según su naturaleza.

(6) Teniendo este conocimiento, ¿en qué consiste que el hombre se engaña tan fácilmente en lo que toca á sí?

De un inútil saber el dulce encanto (1),
Robando el tiempo á la verdad sincera,
Su edad envuelve en tenebroso espanto.
El sabio entendimiento, que pudiera
Descubrir las verdades convenientes,
Si á ellas sus luces y vigor volviera;
Divertido en discursos imprudentes,
Se aleja de sí mismo, y ¡ay! se priva
De sus bienes más puros y excelentes.
La opinion le complace, y donde estriba
La verdad le es austero y enojoso:
A ella se niega, y el error le aviva.
Busquemos nuestro fin. Cuando dichoso
Logre medir la rutilante esfera
Suspensa en el espacio prodigioso;
Cuando, al lado del padre que modera
Lo que él mismo crió, formarse el mundo,
Tomar las cosas sus asientos viera;
Cuando fijo el planeta rubicundo
Dilatar desde el centro su madeja,
O dar en torno su esplendor fecundo;
¿Qué me puede servir? Allá se queja
Con profundo gemido el sentimiento,
Que por tornarse á su interés forceja:
Y dícame: ¿Cuál es tu pensamiento?
¿Te harán dueño del cielo sus medidas?
¿Darán en él el suspirado asiento,
Sus inmensas esferas reducidas
Á tu cálculo fiel, ó al devaneo
De leyes á tu antojo preñadas?
Forastero en su patria, da el deseo
Rienda á la inquisicion de otras razones,
Que sirven, no á tu bien, á tu recreo.
La industria con que mienes y dispones
La máquina del mundo á tu albedrío,
Cuando en tu pensamiento la compones;
El orden que en él ves, do el señorío
Luce de su Criador, acomodado
De tu ingenio soberbio al extravío,
¿Qué te sirve saberle, si olvidado
Del orden que te toca, en el ajeno
Pierdes la estimacion de tu cuidado?
El universo todo no más bueno
Será porque averigues la constancia
Con que procede, de excelencia lleno.
No pende su valor de tu arrogancia:
Mano más poderosa le mantiene,
Que no debe su imperio á tu ignorancia.
Tu orden cuega de tí: tu mano tiene
Aquí su imperio todo; aquí la torna;
No ya más de su oficio se enajene.
El falso gusto á la razon soborna,
Y la saca de sí: vuelva al destino,
Y ¡oh! estima la alta esencia que te adorna.
¿De un sér inmaterial, puro, divino
Gozas la posesion, y le abandonas
Por seguir la materia en su camino?
Mides el trecho de las cinco zonas
Que mudar no te es dado: en la cadena
De los entes creados te aprisionas,
Empeñado en seguir con docta pena
Un progreso inmutable, definido,
Que alterar puede solo el que le ordena;
¿Y el orden inmortal, que es concedido
En tu ánimo á tu imperio, no te mueve?
¿Cuándo el hombre del mando ha rehuido?
Allá Newton en su atraccion se cebe,
Mientras tú en la virtud, ¡A sus colores
La humanidad qué beneficio debe?
No ilustran la virtud los resplandores
Del manto de la luz que se dilata
Del mayor á los orbes inferiores.
Al Señor que las cosas cria y ata,
Deja que las dirija. Tú á tí mismo:
Sin tí, tu orden se fuerce ó se desata.
En tanto, no curioso (2) en el abismo

(1) En que ponemos más cuidado en saber y averiguar lo que no nos importa que lo que puede hacernos felices.

(2) Aunque el hombre debe preferir el estudio de sí al de las cosas exteriores, no por eso debe averiguar en sí lo que no le puede ser útil, ó lo que es inavergiguable por su constitucion.

De tus misterios entres: tal codicia
Te dará de uno en otro barbarismo.
Convidó la ambicion de la noticia
A mil sabios ociosos, que perdieron
El tiempo, que él por sí se desperdicia.
En vana ocupacion le consumieron
Por saber lo imposible: así mudables
Se apartaron en sectas, y opusieron.
Con torpe vanidad los miserables
La verdad invocaban en su abono,
Que yacía en sus senos inviolables;
Y inflamado en los bandos el encono,
Por mantener el odio ya heredado,
El mayor desatino halló patrono.
Lo que debe saber no lo ha ocultado (3)
Del súbdito mortal la Providencia,
Ni á su especulacion juntó el cuidado.
Grita al rústico y sabio la conciencia
Con tono igual en lo interior del pecho,
Doctrina no fundada en experiencia.
Allá y acá en sus obras satisfecho,
El feroz africano, el europeo
Se encomienda á la paz, ó ya al despecho.
Mas declina á las veces el deseo (4).
La ocupacion del hombre aquí se encierra;
Aquí su ciencia toda, aquí su empleo.
¿Serás tú parte de la oscura tierra,
Por más que, en ella morador visible,
Reconozcas que su ámbito te cierra?
¿Aquel lazo comun (5), lazo invisible,
Que liga el universo, y mudamente
Sus partes lleva en giro irresistible,
Ataráte tambien, puesto que afrente
Tal ley tu libertad? Si aniquilara
Tu sér el brazo eterno omnipotente,
¿El inmenso edificio vacilará,
Ó cayera en pedazos dividido,
Suelta la trabazon que le juntara?
No así agravies tú sér; no sin sentido,
Cual estóico fatal, tu servidumbre
Defiendas, doctamente envilecido.
Sacude la terrena pesadumbre,
Y llámate inmortal. Por tí contiene (6)
Sus dones este globo, el sol su lumbré.
El universo todo algun fin tiene,
Y este fin se halla en tí: tuyo es el uso;
La razon te le muestra cual conviene.
Quita al hombre del orbe: no confuso,
Mas inútil verásle: sus esferas
Carecerán del fin que las dispuso.
¿Suplirán tu lugar las rudas fieras,
Materia organizada, parte viva
Del orden que en el todo consideras?
Mas si entran en el orden, él las priva
Del uso. No en aquél tiene su asiento
Quien éste logra en la potencia activa.
No parte, habitador tu entendimiento
Del universo es. Dé á su grandeza,
Cuanto darle es debido, el pensamiento.
La madre universal, naturaleza (7),
No al ánimo sus leyes comunica,
Ni él tiene en sus enlaces su entereza.
Por sí vive y se mueve: multiplica
Sus obras voluntario, ó las reprime,
Y él mismo á sus decretos las aplica.
Arbitro de sí propio (8), ora deprime
Su grande dignidad, ó la levanta,
Segun la nota que en su obrar imprime.
Guardar un orden debe, y le quebranta.
¿Cuándo el sol de su eclíptica desierta?
¿Cuándo dió muestras de sentir la planta?
¿El bruto cuándo habló? ¿Cuándo despierta

(3) La Providencia ha hecho fáciles de saber las cosas que debemos saber.

(4) Pero ¿en qué consiste que, sabiendo todos los hombres cómo deben obrar, no obran siempre como saben que deben? El corregir esta contradiccion debe ser el único y gran estudio del hombre.

(5) El hombre no es parte del universo en que existe.

(6) El mundo creado para uso del hombre.

(7) La naturaleza racional del hombre no está enlazada con la universal del mundo.

(8) De aquí le viene el ser ente libre.

La insípida materia vió en sus obras
Principio libre de constancia incierta?
Oh tú, alma libertad, cuando recobras
Al hombre de la esfera de los brutos,
Y en uno faltas, si en el otro sobras,
¿Habrá quien, al contar sus atributos,
Te ignore en sí, filósofo salvaje (1),
Sordo á sus interiores estatutos?
Escóndase en los montes: torpe baje
Hacia la tierra el rostro, y rumie el heno,
Y en vello trueque el adoptado traje.
Por tí el mortal de su grandeza lleno (2)
Su dignidad respeta; ó la corrompe,
No sin pesar que le remuerde el seno.
El tropiezo detesta que interrumpe
El orden de su sér, y le detesta
Por más que libre y sabidor le rompe.
¿Tanto ofender su dignidad le cuesta!
Mas tú cres, libertad, tú la que infamas
El error que por tí se manifiesta.
Grandes acciones en el pecho inflamas
Más rústico y servil: entorpecido,
A su estado primero le reclamas.
No para viles obras producido
Fué el ánimo inmortal; de su excelencia
No es propia la miseria en que ha caído.
No entretiene á una eterna inteligencia,
Sin degradar su sér, el torpe oficio
Que ofusca la memoria de su esencia.
¿De la sutil razón digno ejercicio
Vendrá á ser halagar en vil cocina
La gula del que compra su servicio?
El que en el orbe sublimar domina
¿En rizar un cabello afeminado
Su fuerza ocupará casi divina?
¿Para esto el sér eterno nos es dado,
La razón que se eleva, vuela y pasa
La inmensidad que abraza lo criado?
¿Sociedad, sociedad! (3), la justa tasa
Que aplicaste al discurso de la vida,
Con su altura tal vez no se compasa.
Cara seguridad en tu acogida
Compra el hombre, si el tímido recelo
A oprimir su grandeza le convida.
¿Oh cuántas grandes almas sobre el suelo
Empuñan el arado, y rudamente
Yacen esclavas del civil desvelo!
Y ¡oh cuántas que autoriza el eminente
Grado, si se consulta al de Estagira,
Mostrar el clavo deben en la frente!
Mas la culpa es del hombre (4): él se retira
De su bien, y se labra sus prisiones:
El contra su igualdad trama y conspira.
Con virtud me le da (5): los eslabones
De la civil union sueltos quedaron;
Inútiles sus leyes ó invenciones.
Los vicios, no los hombres, sujetaron
Los que á vida civil los redujeron,
Y á una ley y á un poder los obligaron.
Rey á los vicios, no á los hombres, dieron:
Juntáronlos en pueblos las maldades,
Donde á obrar concertadas acudieron.
Las cúpulas que elevan las ciudades
Susténtalas la iniquidad; sin ella
Nos llaman hacia sí las soledades,
Donde segura la virtud descuella,
Desatada y gozosa, y libremente
Políticas prisiones atropella.
Trocóse en negocioso el inocente
Camino del vivir; y hasta en el vicio
Añadió la invención traje aparente.
La virtud (6) no conoce el artificio,

(1) Se igualan á los brutos los que niegan la libertad.

(2) La gran dignidad del sér racional consiste principalmente en esta potencia.

(3) El abuso de la sociedad civil ha degradado mucho el sér del hombre.

(4) Pero la culpa ha estado en él.

(5) Hay en el mundo una virtud universal, y no habrá sociedades civiles.

(6) Pero ha llegado á tanto el mal que la virtud cede á las invenciones de los vicios.

Y se avergüenza, como va desnuda,
De parecer en el civil oficio.

¿Quién es el hombre que su sér ayuda
Hasta llevarle á su perfecto extremo,
Sin que antes bien á degradarle acuda?
Fatigase en mover el grave remo (7)
De la vida, y trabaja sin descanso
Por ser ladrón, adúltero ó blasfemo.
¿Por obrar con maldad tanto me canso?
¿Trabajosa malicia me es más grata
Que un justo proceder tranquilo y manso?
Filósofos divinos, á quien trata
Benigna la razón, la gran potencia
Que el alto sér del Hacedor retrata;
Si hay entre el hombre y bruto diferencia,
Y en el hombre algún orden, y este acaso
Consiste en la virtud y su excelencia.
Responded (8): ¿por qué siempre fuerce el paso
De su orden el mortal, y en las virtudes,
Si no falto, á lo ménos anda escaso?
Traición, hurto, avaricia, ingraticudes,
Falsedades, engaños, guerra, y cuantas
Ejerce la maldad solicitudes.
No debiendo ser una, ¿por qué tantas
Serán, pues no en el hombre se nivelan
Al sér á que, oh gran Ente, le levantas?
Para errar torpemente se desvelan (9),
Mientras que ménos tiempo yo consumo
En creer lo que del cielo me revelan.
No es saber con verdad, cuando presumo
Que puede ser así: fúndase en humo.
La humana ciencia, y se resuelve en humo.
Sólo sé que conozco descompuesto (10)
Mi sér, y obscurecida su alta esencia;
Y está en mi arbitrio el dirigirla puesto.
Si á la virtud me llama la conciencia,
Y la debo oponer á las maldades,
Esta es del hombre la sublime ciencia;
Las demas, vanidad de vanidades.

DISCURSO II.

Imposibilidad en que se halla el entendimiento de alcanzar la verdadera noticia y culto de Dios.

Oh tú, santa verdad, verdad divina,
Excelso bien, que la miseria humana
Conduces sola al inmortal descanso;
Tú, que mueves el flaco entendimiento,
Y haces que el hombre de su sér mantenga
La augusta dignidad, que en sí contiene;
Pues por tí, sacudiendo el torpe sueño,
La razón ejercita, así mostrando
Cuando inquiere las causas de las cosas,
Que es ella de su sér el distintivo:
Desciende ya de la mansion etérea,
Que esconde tu valor á los mortales,
Y tu vigor en ellos comunica:
Desciende ya, y las alas encogidas
Despliega por la esfera transparente,
Y tu vuelo á los hombres se encamine,
Por más que de su vista te distraiga
Haber sido una vez ya despedida.
Bate, bate las alas prestamente,
Y sella con la planta de diamante
Este oscuro edificio que habitamos,
Oscuro por tu ausencia. Sus tinieblas
Desharás; y esparciendo tus reflejos
De lumbré perdurable, hasta el abismo,
Santa verdad, arrojarás las sombras
Que á la esencia del hombre contradicen.
Su labio invoca tu Deidad airada
Cuando en el vano sacrificio pierde
Los humos con que anubla tus altares.

(7) Ocupaciones miserables del hombre.

(8) No siendo los vicios conformes al orden del hombre, ¿por qué se ejercitan tantos?

(9) La razón no puede por sí alcanzar la causa de esto. Debe sujetarse á un oráculo más seguro.

(10) Sabiendo el hombre que está depravado, y que tiene libertad para mejorarse, sin introducirse en los arcanos impenetrables del Criador, su estudio debe reducirse á mejorar su sér.

Oyes el ruego, y á los ruegos sorda,
Gozándote en tí misma, ni te inclinan
Los votos, ni los humos reverentes
Que del sabero aroma se levantan
A llamarte en espesos remolinos,
Atraen tu presencia desde el cielo,
Do en quieta paz tu posesion obtienes.
Mas vén, santa verdad; que no son todos
Malvados en la tierra. Pechos justos
Su ruego envían á tu sorda oreja
Con puro labio y con deseos puros.
Ellos son los que llegan á las causas
De los prodigios que en el mundo admiran,
Con docto miedo y reverente paso.
Ellos son los que nunca á Dios usurpan
El poder, á su antojo fabricando
Vanos mundos, ó atando á sus discursos
Las leyes con que dura el universo.
Ellos son los que, tímidos, no tocan
Los misterios al hombre inaccesibles,
Y sólo aspiran á saber aquello
Que el justo cielo á la razón permite.
Ellos son los que estudian en sí mismos
Hasta donde su espíritu se alarga,
Y nunca niegan porque nunca alcancen
El sér ó la razón de lo que inquieren.
¿Y á éstos se niega la verdad? ¡Ah! «En vano
»Pródiga al hombre dió naturaleza
»Estímulo al saber, y entendimiento
»Que á lo íntimo penetra de las cosas,
»Si nunca en ellas la verdad se muestra.»
Mas ¿quién á la Deidad omnipotente
Las causas pide de la ley que impone?
Este sér le debemos, que pudiera
Negarnos, reduciendo nuestra esencia
A no parecer nunca entre las cosas;
¿Y razón de sus obras todavía
Al árbitro pedimos de las nuestras?
Atento el hombre á su miseria un tiempo (1),
Con diestra mano y reflexión aguda
Socorros sólo á su vivir buscaba,
Que al frecuente peligro se opusiesen.
Del veneno el antídoto formando,
Contra el tiempo y las fieras, en las fieras
Defensa halló y abrigo juntamente.
Sembrados mil groseros edificios
Por el campo espacioso, como brillan
Engastados los fulgidos luceros
Por el cerúleo cielo en clara noche;
No á la soberbia ostentación, ó á aquella
Que en la urbana ambición halló disculpa.
Civil magnificencia dedicados;
Mas sólo al beneficio de la vida,
A mil familias inocentes daban
Mansion á su inocencia conveniente.
Domesticar el rústico novillo;
Romper la frente á la fecunda tierra,
Para que, más fecunda, de sus dones
Hiciese alarde en el enjuto estío;
Acostumbrar las simples ovejuetas
A la voz del zagal; torcer la márgen
Al risueño arroyuelo, y con sus aguas
Fecundar las hidrópicas legumbres;
Ciencias fueron, si bien no muy sutiles,
Que hicieron por lo ménos venturosos
A los que en sus progresos se ocupaban.
Poder vivir exentos del peligro (2)
Fué la ciencia primera de los hombres.
Halladas las defensas, y seguros
Ya del riesgo continuo, sin tardanza
Tornáronse á buscar lo que ofreciera,
No ya seguridad, sino regalo
Y deleite tal vez, que compensase
Los males compañeros de la vida.
La docta poesía, entonces presta
Su esfera celestial desamparando,
En traje, no pomposo, mas sucinto,
Y tal que delineaba de sus miembros

(1) Primera ciencia de los hombres: asegurarse del peligro.

(2) De la repulsion del peligro se pasó á la inquisición de la comodidad y regalo.

La hermosa proporción y compostura,
Bajó á la tierra en encendidas alas,
Y esparciendo su lumbré prodigiosa
Por los tranquilos pechos, inflamados
Prorumpieron en himnos, que á las aves
El canto no aprendido interrumpían.
¡Ay! ¡y cuán presto convirtió en desgracias
Sus venturas el hombre. (3) Aquel desseo
Que á hacerle venturoso le llevaba,
Vino á hacerle infeliz. Introducida
La misera discordia en sus moradas,
Enajenó los ánimos unidos,
Y abrió el camino á la sangrienta guerra,
Los que antes aguzaban el ingenio
Para alargar la edad, y mantenerla
Exenta de molestias y peligros;
Vueltos ya contra sí, buscaban artes
Con que acabar la edad, ó reducirla
A caducar en juveniles días.
Entre el estruendo del clarín agudo
Corrió el tiempo, pisando, en vez de selvas
Habitadas con paz y regocijo,
Corvos escudos, sanguinosas mallas
Y carros rechimantes: cual de Marte
La corrida feroz nos representa
La mítica creencia del griego,
Cuando blandiendo la fornada lanza,
Y ceñida la cota de diamante
En la cruda batalla se embravece.
Sus cúpulas alzaron las ciudades,
Y los soberbios montes trasladados
Subieron en los grandes edificios,
Que levantaron la ambición y el arte.
Entonces fué (4) cuando aspiró el desseo
A saber lo imposible. En la abundancia
Reinó el ocio; y el ocio no contento
Buscó solicitud, que alimentase
La inquietud con que el ánimo nos mueve.
Oh tú, necesidad, ¿por qué cesaste
De aguijar el conato de los hombres? (5)
Tú de las artes útiles maestra,
Sin enredarnos entre oscuras dudas,
Nos dejaste preceptos, que conservan
Y deleitan la edad que nos es dada.
Cesaste de afligirnos; y el que un tiempo
En la verdad, abierta á sus sentidos,
Halló remedio y ciencia juntamente,
Falto de ocupación, su entendimiento
Corvirtió á mil objetos reservados,
Y de sabio que fué, se hizo adivino.
La verdad, fugitiva, acostumbrada
A morar en los pechos laboriosos,
Visto el trastorno del mortal desvelo
Que á la curiosidad todo se daba,
Subióse al cielo, y nos dejó en castigo
La ambición de saber. Livianas sombras,
Que su traza y figura representan,
Esparcio por la esfera que nos ciñe,
Las cuales, discurriendo por las cosas,
Prestasen pasto á la razón soberbia.
Pacífica en su reino, desde el solio
Que goza allá en las célicas regiones,
Vió con risa á los doctos de la tierra
Cazar ansiosamente sombras vanas,
Y afirmar su verdad muy satisfechos.
Los dividió el engaño (6): desde entonces
Ahuyentada la paz, que escasamente
Su lugar en la tierra mantenía,
Sucedió la discordia, y todo el orbe
Fué con sangre y disputas inundado.
La defensa del límite adquirido
Dió el acero á la mano; y la codicia
De igualarse al Autor que entiende solo
Las causas de las cosas que produjo,
Al labio dió el sofisticado ejercicio:
Cedió la paz, cedió la verdad santa,

(3) El desseo de hacerse feliz hizo infeliz al hombre.

(4) En este punto fué cuando nacieron las ciencias de conjeturar.

(5) Convertidos á inquirir lo inavergüenza, los hombres se inutilizaron de hallar más verdades.

(6) El inquirir lo inavergüenza fué la causa de la diferencia de opiniones; y ésta, de las disputas.

Y obstinándose más en sus contiendas
El linaje mortal, al fin se hicieron
La guerra y la opinion reinas del mundo.

De una y otra el tiránico dominio
Siente la religion (1). Cuando la guerra
El fuego aplica á las paredes sacras,
Y hace que de los templos las columnas
Tiembren, y caigan entre espesos humos
Los techos desquiciados, oprimiendo
Con su peso los santos simulacros
Del Señor, por quien somos lo que somos.
Cuando iracunda, con sangrienta mano
Derriba de las aras venerables
Y destruye en livianos desperdicios
Las imágenes mismas del que vela
Sobre nuestra entereza, y la mantiene,
La opinion insolente con altiva
Cerviz, cual si se abrieran á sus ojos
Las íntimas entrañas de las cosas,
O cual si á sus decretos inclinara
Su torno el mundo, ó se rasgaran leves
Los velos celestiales á su vista,
Con ella hasta el retrete penetrando
Donde tienen las causas su principio,
Libre pronuncia, y sin temor decide
Cuanto el antojo á su invencion ofrece.
Repartida en los juicios de los hombres,
Con furor filosófico en algunos
A su ley las eternas sujetando,
Se atreve á la Deidad, y de su esencia
Describe el modo y la razon, no ménos
Que si Dios de su sér dendor le fuera,
Aquí á las aras se abalanza, y de ellas
Arroja las ofrendas que tributa
La criatura al Criador: enfierecida
Con la razon prestada, al Ente mismo,
Que prestársela quiso, desconoce,
Allí, desvaneciendo las noticias
Que al juicio de las gentes son comunes,
En la virtud y en la maldad deshace
Su intrínseco valor, y las iguala:
Cual si al hombre, el mejor de los vivientes,
Faltara un orden, cuando en sí le muestran
La fiera, el ave, el árbol, la torpeza
De lo mismo insensible, y en sus giros
La esfera rutilante, do anegados
Los nunca errantes astros, mudamente
Obedecen la ley que recibieron.

¡Siquiera aquellos, deteniendo el curso (2)
De sus vueltas durables, no trajeran
Consigno el tiempo en que á la luz nacimos!
La piedad otro tiempo combatida
Por el amor á las costumbres viejas,
Lo es hoy por la malicia. Como suelen
Con súbita presteza y á menudo
Nacer vanas ampollas en el agua,
Cuando rompe violenta sobre piedra
Que enfrena su corriente y la resiste;
Así por todas partes discurrendo
La opinion, en la piedra tropezando
Donde el ara divina se sustenta,
Que el Dios unguido levantó y defiende,
Ampollas filosóficas engendra
Que combaten el ara: mueren unas,
Y otras suceden, y otras; pero el ara
Erguida y firme, cual sagrado Olimpo,
Alza sobre ellas la serena cima.

Siglo infeliz, ¡la gloria de tus letras
Estriba sólo (3) en que los hombres nieguen
Que el Ente más feliz á sus criaturas
No hacer felices quiso! Un culto pueblo
Dejará de ser culto porque ignore
Que la Deidad que el universo mueve (4),
Es el mismo universo, transformada
La materia en figuras diferentes?

(1) La religion, no ménos perseguida por las opiniones que por la guerra.

(2) Nuestra edad, más insolente que otra alguna en este linaje de persecucion.

(3) Los que niegan ó no admiten la revelacion; esto es, los deístas anticripturarios.

(4) Los materialistas.

El rústico hotentote, el rudo scita,
El que del hombre en cautiverio habido,
Hombre él abominable, hace alimento,
Perderá su rudeza cuando alcance
Que es necesario el mal (5); que los mortales,
Aprisionados en fatal cadena,
Matan, roban, engañan sin su culpa,
Puesto que Dios en la eleccion primera
Elegió el más perfecto de los mundos,
Y es necesario el mal en lo perfecto?
Admirable sofista, tú, que gritas
Tu celo por el bien de los humanos:
Por vida tuya, cuando agudo empleas
La intencion de tu espíritu en mostrarnos
Que es de su religion arbitro el hombre,
En qué máquina, diños, descendida,
Vino á hacerte partícipe dichoso
De sus designios la Deidad eterna?

«La razon diligente, que descubre
»Los grados de las cosas, me amonesta
»Que hay un Dios, y á ese sólo adorar debo» (6).

Mas ¡cuál es ese Dios! Platon divino,
Sutil Estagirita, respondedme.
Tú, rígido Zenon; tú, de un vil huerto
Ocioso agricultor, donde el deleite
Se levantó á opinion, de torpe vicio;
Venerables filósofos, vosotros
A quien no puso miedo el rayo ardiente
Del Jove tronador, ni en quien el hijo
Vengó jamas con la saeta airada
La burla de los pithicos fureros
En el mímico oráculo de Delfos;
Ea, pues la razon fué vuestro norte,
Y, conducidos de ella, el universo
Desentrañásteis todo, señalando
Las leyes inmutables en que libra
Su duracion; si pueden vuestros juicios
Convenirse una vez, decidme todos:
Yo debo un culto á una Deidad suprema,
¿Cuál es esa Deidad? ¿qué culto pide?
¿Os dividís? ¿Ninguno así conviene
Con el sentir del otro? Conocemos
En fin que sois filósofos (7). Si es dada
Al hombre la razon para que alcance
Lo que más á su sér es conveniente;
Si á todos es comun, si todos piensan,
Si racionan todos, ¿por qué causa
No todos de una suerte racionan?
¿Podrá, por cierto, el hombre en sus conflictos
Implorar el favor, más que de Jove,
Del oscuro (8) Egemónico del mundo?
¿Los inútiles entes (9), que dormidos
Allá en los intermundios tenebrosos,
En ocio yacen, sentirán sin duda,
Cuando Apolo sus victimas usurpe,
Que á ellos sus votos el mortal no envíe
Para que nunca en su cuidado entiendan?
¿Vendrán mejor las aras al esclavo (10)
De la suerte inviolable, al que obedece
Al Hado á quien las cosas obedecen,
Que al que sobre la concha el mar gobierna
Con húmedo tridente y voz hinchada?
Y tú, Platon (11), ¿qué dios nos determinas
Entre la muchedumbre de tus dioses?
Mas ¿qué busco en vosotros, si buscando
Tambien cual yo, dudais lo que no dudo?
Conocisteis el bárbaro ejercicio
Del torpe Sacrificio (12); el incienso
Negásteis á los bultos impudentes
Del ídolatra ciego; y entre tanto,
Queriendo hollar la incomprendible senda

(5) Los optimistas.
(6) La razon suficiente para conocer y adorar á Dios, segun la vana filosofía.

(7) Los filósofos jamas se han convenido en señalar la naturaleza de la Deidad.

(8) Deidad estóica.

(9) Dioses epítúreos.

(10) Dios peripatético.

(11) Platon, gran fabricante de deidades.

(12) Conocieron la ridiculez de los dioses gentílicos, y sustituyeron otros tan ridículos por lo ménos.

De conocer á Dios, nos enseñásteis
Dioses más torpes que los torpes bultos:
Ved la deidad que la razon descubre.
Más temeraria, y disculpable ménos,
Hoy en sus yerros la razon se aplaude (1),
Fácil creyendo que su fuerza eleva.
Pudo en su Estoa, en su Academia, un sabio
Destituido de la voz divina
Resbalar al error, cuando sujeto
Al engaño comun, á los vulgares
Doctos errores, de verdades falso,
Sustituir en su enseñanza quiso.
«El Dios supremo (Jenofon decia),
»Que mueve todo, y poderoso rige
»El esclavo universo, declarado
»Bien en sus obras su poder descubre:
»La forma, el sér, de oscuridad ceñido,
»Se niega á los mortales.» ¡Por ventura
Será ninguno tu saber, si el juicio
De lo que el cielo te reserva apartas?
Pero es soberbio el hombre. Ni le vencen
Claros estorbos que en sus luces toca,
Ni crédito da á Dios, si de otra suerte
Áspera ménos su ignorancia instruye.
Cuanto me admira que en la Grecia un tiempo
No fuese el seno de los sabios todos
La escuela de Pirrón, tanto me admira
Que se hallen hoy celebros que antepongan
A firmes dogmas opiniones vanas.
Vino ya el tiempo, ¡ah! vino, en que del cielo
Recibimos la voz. El dueño, el padre
De los hombres, benéfico, los hombres
Trasladó á la verdad. «No es Dios el mundo,
Dijo; no el fuego artificioso y sabio
Insiniado en él. Torpes ideas,
Ciegos errores, que inventais deidades
Aun al hombre inferiores, resumidos
En humo, en nada, el miserable suelo
Descargad de vosotros; y hermanadas
Las gentes una vez, desde la plaga (2)
Que el austro hiela, al círculo contrario,
Sólo mi nombre, el verdadero, reine.»
Corrió á la voz la docta muchedumbre
Que en la esperanza de mejores dogmas
Herodó al cierto Sócrates. Eterno,
Inmenso, inmaterial, omnipotente
Desde aquel punto, indubitante, á todos
Compareció el gran Númer; cualidades
Que ántes dudaba ó disputaba el docto.
¿Qué pretendéis, filósofos impuros,
Que así de esto os burlais? Id en buena hora
Id y adorad vuestras ideas vagas
Y caducos sistemas. Pero en tanto
No á la verdad atribuyais abusos,
Que el instrumento por quien obra, causa,
Victima el hombre de su esencia, humilde
Sirve á sus leyes. La razon (no hay duda)
Sólo en la tierra pasajera alcanza (3)
Cuanto es en sí la adoracion que debe.
¿Qué importará que un misero Teodoro
La Deidad desconozca, si humillado
Desmiente el mundo su impiedad risible?
Incita al pueblo á la piedad el labio
De un Hérmes, de un Ion: sin resistencia
Levantar aras al oculto número
Que adoran y no ven, y que pervierten
Por causa triste de mortal flaqueza.
Al cielo elevan reverentes templos,
Monumentos soberbios que atestiguan
Su encogida humildad, donde hermanados,
No añadir gloria al que de toda es padre,
Dueño y dispensador; mas ántes sólo
Con voto unido á agradecer acuden
El sér que deben al que darle quiso.
Los hombres mismos que de Dios admiten
Fáciles la creencia, el culto, ínstados

(1) Los antiguos, más disculpables que los modernos en sus errores de religion.

(2) FORNER usa aquí la voz *plaga* en la acepcion geográfica de zona. (Nota del Colector.)

(3) Los hombres alcanzan, por la razon, que deben adorar á un Dios; esto es, tienen la idea de la religion.

Del Hérmes, del Ion; sordos al mando
De su voz cuando excita las virtudes,
Objeto sabio de sus sabias leyes,
Repugnan duros, y obstinados huyen
El santo freno, ó con furor le rompen.
¿No me dirá del inmortal Lucrecio
La elocuencia mortífera qué causa
(Pues tanto en ellas su desvelo pierde)
Hace que el hombre á la piedad se rinda,
Y niegue á la virtud? Si de las altas
Regiones asomaba amenazando
La religion ceñida á los mortales,
¿Por qué no huyeron el aspecto horrible,
Cual el de cruda y carnífera peste?
Desatinó el sofístico poeta.....
Mas ¿cuándo no un poeta y un sofista?
La religion, si entre el etéreo velo
De la suma region tal vez al mundo
Descubrió su semblante, no ceñida,
Mas dulce y blanda, á la mortal flaqueza,
Que escuchaba en los hombres, clamaria:
«Mercenaria familia, siervos libres,
Entes creados, pues de serlo habita
La noticia en vosotros, por decreto
Del que en la grande sucesion de cosas
Con la *razon* y *voluntad* de cuantas
Pueblian el suelo os distinguió benigno.
Pues conocéis que la existencia vuestra,
Generosa entre todas, de otra mano
Procede y la debéis, reconocedlo.
Restituid al cielo el beneficio
En digna ostentacion de sus bondades.
Ni ya sin ellas el aliento vuestro
Respira con la vida: atados siempre
Al arbitrio supremo, el sér camina
Que vivis obediente al Sér inmenso.
Él os mantiene, os continúa, en tanto
Que os espera en su trono, por la tierra
Derramados llenando sus designios.
Si os dió razon, para formaros dignos
De gozarle os la dió. La tierra, el orbe,
La milagrosa y enlazada á un tiempo
Variedad con que puebla sus espacios
El hermoso universo, no á prestaros
Noticia del gran Ente se dirigen:
Él con carácter indeleble en todos
La grabó, cuando os vió la luz primera;
Mas en la union del admirable mundo,
Que mantuviérais pretendió, admirando
Su infinito poder, alta memoria
De su existencia y dependencia vuestra,
Llenad la tierra de su gloria. Ciñan
Cóncavos templos los oores santos
Enviados al cielo: simulacros,
Aras, ofrendas, y del pueblo electa
Y pura parte en ministerio justo
Muestrén que sois agradecidos cuanto
Que lo seais el Criador requiere.
¡Oh voz mal escuchada! ensordecida,
El eco acaso entre las gentes sólo
Duró, ofuscada la razon primera (4).
Porque esparcido, y á confines ciertos
Reducido el linaje de los hombres,
Bien que obediente á la impresion, del cielo
Venerase el poder; de la alta esencia
Así trocó la puntual noticia,
Que respetando el natural impulso,
A objetos viles consagró los votos
Al Ente inmenso y su virtud debidos.
¿Fueron exentos del error frecuente
Los que en el hondo meditar libraron
Su crédito perpétuo? En mil escuelas
Mil dioses. ¿Ni en qué modo al cierto Númer
Grato sería el ofrecido obsequio
A imaginarios númeres? Crisipo,
¿Cuál es tu dios? El Ether invisible,
Empero material, que ardiente ocupa
Y vivifica el universo todo.
Mas si es diversa del que el orbe rige

(4) Pero la razon no alcanza á conocer cuál es, y cómo, el Dios que debe adorar.